SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE
BOLLETTINO
HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. pal

Viernes 29.06.2018

Bendición de los palios y santa misa en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo

En la Solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, a las 9.30 horas en la plaza de San Pedro, el Santo Padre Francisco bendijo los palios tomados de la Confesión del apóstol Pedro y destinados a los arzobispos metropolitanos nombrados durante el año. El palio se impondrá sucesivamente a cada arzobispo metropolitano por el Representante Pontificio en la respectiva sede metropolitana.

Después del rito de la bendición de los palios, el Papa presidió la misa con los cardenales antiguos y nuevos, con los arzobispos metropolitanos y con los obispos y sacerdotes.

Como es habitual con motivo de la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, patronos de la ciudad de Roma, estuvo presente en la santa misa una delegación del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, enviada por Su Beatitud Bartolomé y encabezada por Su Eminencia Job, arzobispo de Telmessos, acompañado por Su Gracia Theodoretos, obispo de Nacianzo y por el Rev.do Alexander Koutsis, diácono patriarcal.

Durante la celebración eucarística, después de la lectura del Evangelio, el Santo Padre pronunció la homilía que publicamos a continuación:

Homilía del Santo Padre

Las lecturas proclamadas nos permiten tomar contacto con la tradición apostólica más rica, esa que «no es una transmisión de cosas muertas o palabras sino el río vivo que se remonta a los orígenes, el río en el que los orígenes están siempre presentes» (Benedicto XVI, *Catequesis*, 26 abril 2006) y nos ofrecen las llaves del Reino de los cielos (cf. *Mt* 16,19). Tradición perenne y siempre nueva que reaviva y refresca la alegría del Evangelio, y nos permite así *poder confesar con nuestros labios y con nuestro corazón*: «Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2,11).

Todo el Evangelio busca responder a la pregunta que anidaba en el corazón del Pueblo de Israel y que tampoco hoy deja de estar en tantos rostros sedientos de vida: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?» (*Mt* 11,3). Pregunta que Jesús retoma y hace a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt* 16,15).

Pedro, tomando la palabra en Cesarea de Filipo, le otorga a Jesús el título más grande con el que podía llamarlo: «Tú eres el Mesías» (*Mt* 16,16), es decir, el Ungido de Dios. Me gusta saber que fue el Padre quien inspiró esta respuesta a Pedro, que veía cómo Jesús ungía a su Pueblo. Jesús, el Ungido, que de poblado en poblado, camina con el único deseo de salvar y levantar lo que se consideraba perdido: "unge" al muerto (cf. *Mc* 5,41-42; *Lc* 7,14-15), unge al enfermo (cf. *Mc* 6,13; *St* 5,14), unge las heridas (cf. *Lc* 10,34), unge al penitente (cf. *Mt* 6,17), unge la esperanza (cf. *Lc* 7,38; 7,46; 10,34; *Jn* 11,2; 12,3). En esa unción, cada pecador, perdedor, enfermo, pagano —allí donde se encontraba— pudo sentirse miembro amado de la familia de Dios. Con sus gestos, Jesús les decía de modo personal: tú me perteneces. Como Pedro, también nosotros podemos *confesar con nuestros labios y con nuestro corazón* no solo lo que hemos oído, sino también la realidad tangible de nuestras vidas: hemos sido resucitados, curados, reformados, esperanzados por la unción del Santo. Todo yugo de esclavitud es destruido a causa de su unción (cf. *Is* 10,27). No nos es lícito perder la alegría y la memoria de sabernos rescatados, esa alegría que nos lleva a confesar «tú eres el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16,16).

Y es interesante, luego, prestar atención a la secuencia de este pasaje del Evangelio en que Pedro confiesa la fe: «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día» (*Mt* 16,21). El Ungido de Dios lleva el amor y la misericordia del Padre hasta sus últimas consecuencias. Tal amor misericordioso supone ir a todos los rincones de la vida para alcanzar a todos, aunque eso le costase el "buen nombre", las comodidades, la posición… el martirio.

Ante este anuncio tan inesperado, Pedro reacciona: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte» (*Mt* 16,22), y se transforma inmediatamente en piedra de tropiezo en el camino del Mesías; y creyendo defender los derechos de Dios, sin darse cuenta se transforma en su enemigo (lo llama "Satanás"). Contemplar la vida de Pedro y su confesión, es también aprender a conocer *las tentaciones que acompañarán la vida del discípulo*. Como Pedro, como Iglesia, estaremos siempre tentados por esos "secreteos" del maligno que serán piedra de tropiezo para la misión. Y digo "secreteos" porque el demonio seduce a escondidas, procurando que no se conozca su intención, «se comporta como vano enamorado en querer mantenerse en secreto y no ser descubierto» (S. Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 326).

En cambio, participar de la unción de Cristo es participar de su gloria, que es su Cruz: Padre, glorifica a tu Hijo… «Padre, glorifica tu nombre» (*Jn* 12,28). Gloria y cruz en Jesucristo van de la mano y no pueden separarse; porque cuando se abandona la cruz, aunque nos introduzcamos en el esplendor deslumbrante de la gloria, nos engañaremos, ya que eso no será la gloria de Dios, sino la mofa del "adversario".

No son pocas las veces que sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Jesús toca la miseria humana, invitándonos a estar con él y a tocar la carne sufriente de los demás. Confesar la fe con nuestros labios y con nuestro corazón exige —como le exigió a Pedro— identificar los "secreteos" del maligno. Aprender a discernir y descubrir esos cobertizos personales o comunitarios que nos mantienen a distancia del nudo de la tormenta humana; que nos impiden entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y nos privan, en definitiva, de conocer la fuerza revolucionaria de la ternura de Dios (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 270).

Al no separar la gloria de la cruz, Jesús quiere rescatar a sus discípulos, a su Iglesia, de triunfalismos vacíos: vacíos de amor, vacíos de servicio, vacíos de compasión, vacíos de pueblo. La quiere rescatar de una imaginación sin límites que no sabe poner raíces en la vida del Pueblo fiel o, lo que sería peor, cree que el servicio a su Señor le pide desembarazarse de los caminos polvorientos de la historia. Contemplar y seguir a Cristo exige dejar que el corazón se abra al Padre y a todos aquellos con los que él mismo se quiso identificar (Cf. S. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 49), y esto con la certeza de saber que no abandona a su pueblo.

Queridos hermanos, sigue latiendo en millones de rostros la pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?» (*Mt* 11,3). *Confesemos con nuestros labios* y *con nuestro corazón*: «Jesucristo es Señor» (*Flp* 2,11). Este es nuestro *cantus firmus* que todos los días estamos invitados a entonar. Con la sencillez, la certeza y la alegría de saber que «la Iglesia resplandece no con luz propia, sino con la de Cristo. Recibe su esplendor del Sol de justicia, para poder decir luego: "Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en

mí” (*Ga* 2,20)» (S. Ambosio, *Hexaemeron*, IV, 8,32).

-